

A decir de André Leroi-Gouhuran, prominente especialista en la prehistoria europea, la primeras representaciones gráficas elaboradas por los seres humanos —aproximadamente hace treinta y cinco mil años antes de nuestra era— no constituían una suerte de arte *naïf*, como se pensó durante mucho tiempo, sino que se trata de motivos completamente abstractos —las representaciones realistas son posteriores y las más conocidas datan de entre once y ocho mil años antes de nuestra era. Esto significa, en palabras de este investigador, que las primeras representaciones son más bien una “transposición simbólica y no una calca de la realidad”, es decir, que en sus inicios, arte y escritura se encontraban estrechamente ligados.

Las representaciones pictográficas de culturas como la egipcia, la sumeria y la china, así como las que se desarrollaron en diferentes épocas en territorio mesoamericano, se inscriben en esta tradición y llegaron a constituir sistemas de representación muy elaborados, en donde colores, símbolos, composiciones, disposición en el espacio, relaciones y yuxtaposiciones conforman imágenes de gran significación para aquellos que crecieron y vivieron en esas tradiciones —o aún viven. Son imágenes pluridimensionales por su multitud de significados —cuyo sentido puede ser aprehendido de una mirada por el ojo entrenado—, y que nos hablan de la enorme diversidad que puede haber en los modos de representación. No existe por tanto una sola forma de representar la realidad; la imagen del mundo que los seres humanos construyen se encuentra siempre enmarcada en una cosmovisión y una cultura, lo cual es fuente de una riqueza iconográfica invaluable.

La “rigurosa linearización de los símbolos a la que tiende la escritura”, en palabras del mismo André Leroi-Gouhuran, aunque ciertamente ha permitido de manera un tanto más precisa la preservación del conocimiento, se ha desarrollado en detrimento de la polisemia de las representaciones pictográficas. Sin embargo, incluso dentro de la misma ciencia aún persisten representaciones, como los mapas, en donde bajo contextos diferentes y con propósitos distintos, se han generado, a lo largo de la historia, representaciones muy diversas del mismo objeto, sin llegar en la actualidad a un consenso en cuanto a cuál debe ser la más adecuada —se discute incluso cuál es la representación del mundo “políticamente correcta”. Al parecer, la fascinación que provocan las representaciones radica en su ambigüedad, en la cantidad de significados que el observador les puede atribuir, los que en ellas puede hallar. Es por esto quizá que su estudio sigue causando gran interés y que los resultados que arroja proporcionan cada vez más elementos de comprensión, en una espiral que esperamos siga siendo inacabable.